

*tud*. El sendero se hallaba plantado, por ambos lados, de laureles, y se veían aquí y allí trofeos de mármol, columnas esculpidas, estatuas de legisladores, héroes, hombres de estado, filósofos y poetas. Marchaban por este camino las personas que se esmeraban en hacer eminentes servicios á la humanidad, ó en promover el bien de su patria. Por cada lado había varias sendas, también rectas, que cruzaban el camino paralelamente. La mayor parte de estas sendas se hallaban cubiertas, y las recorrían hombres de virtud retirada, que se proponían un mismo intento como término de su peregrinación, y elegían marchar bajo la sombra y obscuridad. Los edificios se elevaban al fin del gran camino, y estaban dispuestos de tal modo, que los transeuntes no podían ver el *templo del Honor* por hallarse detrás del *templo de la Virtud*. En la puerta de este último encontramos á la diosa adorada en él, y nos condujo al del Honor, el cual se hallaba unido al otro edificio por medio de un bellissimo arco triunfal. La deidad del lugar nos recibió y condujo en cuerpo delante de una figura colocada en el altar mayor y era el emblema de la *Eternidad*. Estaba sentada sobre un globo en medio de un zodiaco con un sol en una mano y una luna en la otra. Tenía la cabeza tapada con un velo y los pies cubiertos. Nuestros corazones parecían arder en medio de la esfera de luz que por todos lados arrojaba esta imagen.

Habiendo visto lo relativo á esta banda de aventureros, me dirigí á otra fábrica que se divisaba desde el *templo del Honor*, construida bajo la misma forma que éste; pero al acercarme encontré que las piedras estaban sobrepuestas, sin que las uniese ninguna mezcla ó mortero, y que el cimientó era tan débil, que la fábrica se movía á todo viento que soplabá. Su nombre era *templo de la Vanidad*. La diosa del lugar estaba en medio de multitud de cirios que ardían día y noche, y la hacían aparecer con más distinción y claridad que si hubiese estado expuesta á la luz del día. Todo su arte consistía en mostrarse más bella y majestuosa de lo que era en realidad, por cuya razón se pintaba el rostro y llevaba un racimo de joyas falsas en el pecho. Este sitio estaba lleno de hipócritas, pedantes, irreligiosos y charlatanes políticos, acompañados de la gentuza que tiene el privilegio de convertirlos en hombres grandes. La concurrencia femenil inundaba el templo y obstruía todas las avenidas, siendo su número mayor que el de las arenas del mar. Cuando regresé tuve especial cuidado de observar el camino que conduce á este templo, porque

había yo visto en él varios sujetos que habían comenzado su camino con los virtuosos, y viajado algún tiempo en su compañía, pero encontré que varios senderos salían fuera del gran camino, y se extendían en giros tan tortuosos, que muchos de los que los recorrían retrocedían volviendo el rostro al *templo de la Virtud*. Estos senderos tenían sus ornatos particulares. Entre muchos llamó mi atención una estatua colocada en la boca de uno de los caminos tortuosos, y por la inscripción supe que era Maquiavelo, que tendiendo el brazo señalaba el camino á Mercurio.

Vine otra vez en el centro del bosque con designio de observar cuidadosamente lo que pasaba en la región de la Avaricia, y lo que acontecía á las personas de aquella asamblea compuesta de personas de mi edad. Este cuerpo de viajeros no había andado mucho por el tercer camino, antes de ser conducido insensiblemente á un lóbrego valle, por el cual viajaba varios días con trabajo é inquietud, sin los refrigerios necesarios de comida y sueño. El único alivio con que topaba, era un río que atravesaba el valle sobre un fondo de arena dorada. Bebían á menudo de esta corriente, la cual poseía la virtud particular de refrescarlos por algún tiempo, inflamando más bien que apagando su sed. Por ambos lados del río se extendía una hilera de montañas de oro precioso; y en donde las lluvias habían lavado la tierra y formado zanjas, se veían venas de oro y rocas argentadas. Se nos dijo que la deidad de estos parajes había prohibido á sus adoradores cavar las entrañas de estos montes, ó cambiar los tesoros que encerraban por ninguna comodidad, bajo pena de morir de hambre. En el fondo del valle estaba el *templo de la Avaricia*, construido en forma de fortificación, y rodeado de perros tricéfalos, colocados allí para alejar á los indigentes. Al acercarnos comenzaron todos á ladrar, y nos habrían aterrado si no hubiese sido por una anciana llamada *Hortura*, que se ofreció á conducirnos. Llevaba bajo su vestido un ramo de oro, que apenas levantó en la mano cuando todos los perros callaron, y las puertas se abrieron para recibirnos. Se nos hizo pasar por muchos postigos de hierro antes de entrar en el templo. En el altar mayor se hallaba sentado el dios de la Avaricia, con una barba muy sucia, y un aspecto descarnado y miserable, rodeado de montones de barras de oro y pirámides de dinero, pero desnudo y tiritando de frío. Á su derecha se hallaba un ente llamado *Hapiña*, y á su izquierda una favorita particular llamada *Parsinonia*. El primero era su recandador, y la segunda su cajero.



Había varias mesas por ambos lados del templo, con sus respectivos amanuenses. La primera se hallaba á cargo de la *Corrupción*. Viendo á un agente muy ocupado que hablaba en voz baja á todos los que por allí pasaban, fijé en él los ojos atentamente, y noté que hablaba mucho con una persona que tenía una pluma en la mano, con una tabla de multiplicación y un almanaque delante, siendo ésta, según supe después, toda la ciencia á que quiso dedicarse. El agente se acercaba á su oído, y al mismo tiempo traía dinero en su mano, para que el otro pudiese darle un papel ó pergamino firmado y sellado en forma. El nombre de este diestro y afortunado agente era *Soborno*. En la próxima mesa estaba la oficina de la *Extorsión*, en donde se hallaba una persona con peluca de abate, que se ocupaba en contar crecidas sumas. Entregaba á varios sujetos unas bolsas pequeñas; y ellos, después de dar algunas cortas vueltas, le tratan en recompensa talegas llenas de la misma especie de moneda. Vi al mismo tiempo una persona llamada *Fraude*, sentada detrás del mostrador con balanzas falsas, pesas escatimadas y medidas cercenadas, y por el hábil manejo de aquellos instrumentos, había reunido montones de riquezas. Sería muy largo nombrar los diversos oficinistas, ó describir los votarios de este templo. Había muchos ancianos palpitantes y sin aliento, reposando sus cabezas sobre talegos de dinero, y aun vi á muchos de ellos moribundos, cuyas mismas penas y convulsiones no les permitían reposar la cabeza en sus talegos, pero alargaban su mano trémula sin querer desasirse de ellos.

Repentinamente toda la asamblea se estremeció, y averiguando el motivo, supe que el gran sótano en que nos hallábamos era frecuentado por un espectro que muchas veces aparecía de día, llenando á todos de terror. En medio del espanto general apareció la fantasma; conocí inmediatamente que era *la Pobreza*. No sabré decir si mi conocimiento con esta fantasma y la costumbre de verla, fué causa que me pareciese menos horrorosa que el aborrecible dios del templo. Los miserables votarios del lugar, fueron de muy distinta opinión. Cada uno se creyó amenazado por la fantasma, y llenos de miedo comenzaron á cerrar sus cofres y atar sus talegos.

Debo declarar que yo comparo la pasión de estos desgraciados, á las inexplicables antipatías con que nacen algunas personas, ó más bien, á una especie de frenesí parecido al que llena á un hombre de terrores y de agonías á vista de una cosa tan útil é

inofensiva como lo es el agua. Todos los concurrentes se sorprendieron cuando en vez de rendir homenaje al dios que adoraban, vieron que me dirigía yo á la fantasma.

¡Oh pobreza! le dije, te suplico que no te me aparezcas nunca; pero si no me lo quieres conceder, te ruego, que á lo menos, no te me presentes bajo el terrible aspecto en que ahora apareces á mis ojos. No permitas que tus amagos ó amenazas me lleven á cometer ninguna injusticia, ninguna ingratitud. No hagas que desvíe yo mis oídos de los gritos de la necesidad. No quieras que olvide yo á la persona merecedora de beneficios. No dejes que por temor á ti, abandone yo á mis amigos, mis principios ni mi honor. Si *Riqueza* viene á visitarme con sus compañeras *Vanidad* y *Avaricia*, apresúrate, ¡oh Pobreza! á mi rescate; pero trae contigo á *Libertad* é *Inocencia*, siempre alegres y agradables.

#### ESFUERZOS DE LOS HOMBRES, PARA LIBERTARSE DE SUS AFLICCIONES.

(Versión del inglés de Addison.)

Uno de los pensamientos más célebres de Sócrates es, que si todas las calamidades del género humano fuesen puestas en un montón público, y en seguida distribuidas igualmente entre todos los mortales, aquellos que se consideraran como más desdichados, preferirían la porción de males que tenían antes, á la que les cupiese en suerte. Horacio ha llevado más lejos esta observación diciendo que los trabajos ó desgracias que nos afligen, serían más soportables que los de cualquiera otra persona, si pudiese verificarse el cambio.

Sentado en mi poltrona, meditando sobre estas dos observaciones, quedéme dormido. A poco me figuré que Júpiter proclamaba un edicto, ordenando que todos los hombres viniesen á descargar sus penas y cuidados, y que formasen con ellos un gran montón en un inmenso llano destinado al efecto. Coloquéme en el centro, y vi con el mayor placer que todos mis semejantes marchaban uno tras otro y arrojaban su carga, formando de este modo una montaña que parecía elevarse hasta las nubes.

Sobresalía cierta dama muy expedita y de extraordinaria actividad. En su mano llevaba un espejo de aumento; su vestido



bordado de espectros y fantasmas, presentaba, flotando á merced del viento, mil formas quiméricas. En sus miradas había algo de demencia; su nombre era *Imaginación*. Ella misma conducía á cada uno al lugar señalado, después de haberle ayudado urbanamente á hacer su paquete, y cargarlo en sus espaldas. El corazón me dolía viendo gemir á tanto prójimo bajo el peso de sus miserias, y sus infinitas calamidades.

No obstante, algunas personas me procuraron bastante entretenimiento. Vi una que llevaba con todo cuidado un paquete oculto, bajo una capa vieja bordada, y cuando lo arrojó noté que era la *Pobreza*. Otro sujeto, después de muchos suspiros y lamentos, arrojó un paquete que contenía á su mujer.

Vi allí infinidad de amantes con paquetes muy extraordinarios, compuestos de llamas y de dardos; pero lo que me pareció más extravagante fué, que, aunque suspiraban como si sus corazones se quebrasen al peso de sus sufrimientos, no podían resolverse, cuando llegaban al montón, á tirar sus paquetes; y después de algunos débiles esfuerzos, meneaban la cabeza, y regresaban tan cargados como habían venido. Había multitud de viejas que arrojaban sus arrugas, y muchas jóvenes que se despojaban de su cutis adobado. Había también en el montón infinidad de narices rojas, de labios gruesos, de dientes podridos; y me sorprendió ciertamente ver que las imperfecciones corporales formaban la mayor parte de la montaña. No sabía yo qué pensar de un hombre que á lo lejos me pareció cargado de un fardo enorme que sobresalía en sus espaldas; pero cuando se acercó vi que era una joroba natural, que con el mayor gusto arrojó en aquella colección de miserias humanas. Había igualmente enfermedades de todas clases, aunque no pude menos de observar que la mayor parte eran imaginarias. Examiné atentamente un paquetito que contenía una complicación de todos los males, y que muchas personas llevaban en la mano, dándole el nombre de *Fasidio* (spleen). Pero lo que me sorprendió más que todo, fué ver que mis semejantes no arrojaban en el montón de las calamidades ningún vicio, ninguna locura, ni defecto del alma ó del corazón. Pasóme esto tanto más, cuanto que me había yo figurado que todos se aprovecharían de esta ocasión para desembarazarse de sus pasiones, preocupaciones y fragilidades.

Observé muy atentamente, á un joven estragado que creía yo había venido á libertarse de sus crímenes; pero examinando su paquete no encontré más que su memoria, la cual le embarazaba.

Este jóven fué seguido por otro indigno bribón, que en vez de arrojar su ignorancia se deshizo de su modestia.

Cuando todos hubieron hecho su descarga, Júpiter publicó otro edicto, dando á cada uno libertad para cambiar su paquete y regresar á su casa con el bulto que le fuese entregado en trueque. La *Imaginación* se puso entonces en movimiento, y con asombrosa actividad comenzó á distribuir á cada uno un paquete de los amontonados. Indescribible es la priesa y confusión que reinó entonces. Comunicaré al lector algunas de mis observaciones: Un viejo, venerable por sus canas, que se había desecho de un cólico, y necesitaba un heredero, tomó en suerte un hijo desobediante, arrojado por su padre colérico en el monte de las calamidades. En menos de un cuarto de hora, este irrespetuoso joven agarró al buen viejo por la barba, y poco faltó para que le hubiese roto la cabeza. El padre venía tras ellos, rabiando de los dolores del cólico que había cogido, y al verlo el buen viejo le rogó que tomase á su hijo y le devolviese su enfermedad; pero no les era dado anular la elección que habían hecho. Un presidiario que había arrojado sus cadenas, tomó en cambio un paquete de gota, y los formidables gestos y contorsiones que hacía, indicaban que no le había ido muy bien en el cambio. Hubo mil trueques risibles, tales como enfermedad por pobreza, hambre por falta de apetito ó inquietud por dolor.

Las mujeres se hallaban muy ocupadas en el cambio de sus defectos: esta daba una mecha de cabellos canos, por un carbunco; aquella un pecho como una tabla, por dos enormes odres; la de más allá trocaba una cara fea, por una reputación perdida; pero no hubo ni una sola, que no encontrase el defecto nuevo mucho más desagradable que el primero. La misma observación hice respecto de todas las miserias que nos afligen y que veía yo cambiar; pero no pude decidir si esto consistía en que nuestros males son en cierto modo proporcionados á nuestros estados y fuerzas, ó si era porque la costumbre nos los hace más soportables.

No pude menos de compadecer al pobre jorobado que se retiró derecho y bien formado, con una piedra en la vejiga; igualmente me inspiró lástima el sujeto que tomó la joroba en cambio, y que avergonzado de su nuevo paquete, no se atrevía á mirar á unas damas que antes lo habían admirado. En una palabra, todo el montón de las calamidades humanas fué distribuido á entrambos sexos, y era espectáculo muy triste ver que todos corrían muy



presurosos y agobiados bajo el peso de su nuevo paquete. Por todo el llano resonaban las quejas, los lamentos y los suspiros, hasta que Júpiter, movido de compasión, permitió que todos pudiesen deshacerse otra vez de sus paquetes y tomar los antiguos, cuya providencia fué celebrada con vivas y aclamaciones; y la Fantasma, que había infundido á los mortales tantos engaños é ilusiones, recibió orden de retirarse. Una diosa de aire grave y serio, pero alegre, fué enviada en su lugar. Esta diosa levantaba de cuando en cuando los ojos al cielo, y los clavaba en Júpiter: su nombre era *Paciencia*. Observé con asombro, que luego que se acercó esta matrona al monte de las calamidades, los paquetes disminuyeron considerablemente de tamaño, y el volumen de la montaña no era ni la tercera parte de lo que había sido. En seguida la diosa restituyó á cada cual su primer paquete, enseñándole de qué manera debía llevarlo para disminuir su peso, ó para hacerlo más soportable. Retiráronse todos muy contentos de que la elección de los males no dependiese de la voluntad de cada uno, y que la distribución de ellos se la reservase la Providencia (a).

Además de la moral que puede obtenerse de esta visión, yo mismo he aprendido de ella á no murmurar de mis desgracias ni envidiar las dichas ajenas, visto que es imposible juzgar sanamente de los padecimientos del prójimo. Por la misma razón he resuelto no despreciar jamás las quejas de mis semejantes; antes bien procuraré mostrarles sentimientos de humanidad y compasión.

(a) Metastasio encierra en estos honitos versos la substancia de este escrito.

Se á ciascun l' interno affanno  
 Si leggesse in fronte scritto,  
 Quanti mai, che invidia fanno,  
 Ci farebbero pietá!  
 Si vedria che i lor nemici  
 Hanno in seno; e si riduce  
 Nel parere á noi felici  
 Ogni lor feliceca.

Tr.

### VISIÓN DEL CONVITE DE LA INMORTALIDAD.

(Versión del inglés de Addison.)

Hay dos especies de inmortalidad: la que el alma goza realmente después de esta vida, y la existencia imaginaria, por la cual los hombres viven en su fama y reputación. Las acciones más grandes y meritorias han procedido de la esperanza de gozar una ú otra; mas mi designio es tratar únicamente de aquellos que se han propuesto la última, como principal recompensa de sus obras, y por esta razón excluyo de las mesas de la inmortalidad, á todos los grandes fundadores y sectarios de religiones, y este mismo motivo me inspira el mayor interés en distribuir exacta justicia á las personas de que voy á hablar, puesto que, si la fama fué únicamente el solo fin de sus empresas y estudios, debe uno manifestar el mayor escrúpulo en concederles la parte que de ella les toca. Esta consideración me obligó á llamar en socorro mío á todos los literatos, á muchos de los cuales debo agradecer los catálogos de personajes célebres que me han remitido. Ayer ocupé toda la tarde en compararlos entre sí, y esto hizo en mi alma tan profunda impresión, que vi turbado mi sueño al principio de la noche, y al fin, quedándome completamente dormido, tuve la visión agradable que paso á describir.

Soñé que era yo conducido á un dilatadísimo llano, cubierto de infinitud de gentes que nadie podía contar, y en el centro se elevaba hasta las nubes un monte soberbio, cuyos costados y senderos eran en extremo escarpados, y de forma tan particular, que sólo los seres de figura humana podían subirlo. Repentinamente se escuchó, como viniendo de la cima, un sonido semejante al de una trompeta; pero tan suave y armonioso, que arrebató de éxtasis el corazón de todos los que le oyeron, y procuró tan altas y deliciosas sensaciones, que parecían animar y elevar sobre sí misma á la naturaleza humana. Me causó mucha admiración encontrar que muy pocos, entre aquella inmensa muchedumbre, tuviesen el oído bastante delicado para gustar de tan deliciosa música; pero mi asombro cesó cuando vi muchas personas á quienes robaban la atención tres sirenas vestidas como diosas, y distinguidas con los nombres de *Peresa*, *Ignorancia* y *Placer*. Es-



laban sentadas sobre tres rocas, en medio de hermosos prados, alamedas y riachuelos, situados en la falda del monte. Mientras la común y baja multitud de diferentes naciones, categorías y edades, escuchaba estas engañosas deidades, otros más vigilantes, cuidadosos y osados, se separaban del resto, y marchaban en grandes cuerpos hacia el monte de donde bajaba el sonido, que mientras más se escuchaba más dulce parecía.

Repentinamente me pareció que las personas de este cuerpo selecto apresuraron el paso con resolución de trepar hasta la cima, mostrándose obedientes á la música celestial. Cada uno tomó consigo lo que creyó podía auxiliarle en su camino. Unos llevaban espadas desnudas, otros tenían bajo el brazo rollos de papel, estos llevaban compases, aquellos cuadrantes, telescopios, pinceles etc. Algunos tenían laureles en la cabeza, y otros botas hasta la rodilla: en una palabra, me pareció ver casi todos los instrumentos de las artes y de las ciencias. Mi diablo, ó mi espíritu benigno, que estaba á mi derecha durante esta visión, al observar que me animaba el mayor deseo de seguir á tan gloriosa compañía, me dijo que aprobaba el generoso ardor de que parecía yo enajenado; pero al mismo tiempo me recomendó que me cubriese el rostro con una máscara mientras durase la subida, cuyo consejo seguí, sin averiguar los motivos. El cuerpo se dividió en diferentes grupos que comenzaron á subir el precipicio por diversos senderos. Varios tomaron veredas pequeñas que terminaban antes de llegar á la cúspide del monte, y observé que muchos artesanos, cuyo número disminuía considerablemente, seguían estas veredas.

Detrás de nosotros dejamos un cuerpo considerable de aventureros, que pensando haber descubierto veredas que conducían hasta la cúspide, las hallaron al fin tan dificultosas, que después de haber adelantado algún camino quedaron perdidos en mil laberintos y revueltas; y aunque mostraban en sus mociones la mayor actividad, hacían poco progreso en la subida. Estos, según me informó mi guía, eran hombres de entendimiento sutil y políticos embrolladores, que querían suplir la falta de verdadera sabiduría con el artificio y la astucia. Entre los que habían adelantado bastante en su camino, había algunos que por haber dado un paso falso, volvieron atrás, perdiendo en un momento más terreno del que habían avanzado en muchas horas, ó que podían ser capaces de adelantar de nuevo. Nosotros habíamos ya subido muy alto, y observamos que todas las veredas esparcidas

por los costados de la montaña comenzaban á unirse en dos grandes caminos, en los cuales entraba la multitud de viajeros en dos grandes cuerpos. Á poca distancia de la entrada de cada camino había una horrible fantasma que se opuso á que entrásemos. Una de ellas tenía en su mano derecha un manajo de dardos que mostraba á las personas que llegaban á la boca del camino, y varios de los grupos retrocedían á semejante vista y gritaban espantados de la *Muerte*. La fantasma que guadaba el otro camino era la *Envidia*, y no estaba como la primera, armada de flechas mortales; pero con sus espantosos silbidos, burlas, baldoños y terrible risa, aparecía aún más espantosa que la Muerte misma, hasta tal punto que muchos de los que nos habían acompañado se desanimaron, y mostraron avergonzados de haber subido tan alto. Por lo que hace á mí, confieso que el corazón me tronaba á vista de las dos horrosas figuras; pero repentinamente llegó otra vez á nuestros oídos el llamado de la trompeta y nos inspiró nuevo ánimo y resolución, y á medida que esta resolución crecía, parecía disminuir el terror. Varios de los viajeros que tenían sus espadas desnudas, avanzaron con gran intrepidez, por el camino que guardaba la *Muerte*; á la vez que otros, en cuyas miradas se descubría cierto juicio, marcharon adelante con aire serio por el camino guardado por la *Envidia*. Pasado el lugar en donde estaban ambas fantasmas, el camino era más llano y uniforme, y tan delicioso, que los viajeros lo transitaban con sumo placer, y á poco llegaban á tocar la cúspide, en donde se comenzaba á respirar una especie de éter delicioso, descubriéndose verdes campos alrededor, y una clase de luz purpurina que hacía ver á los viajeros con satisfacción sus pasados trabajos, y difundía una alegría secreta en toda la asamblea, alegría patente en sus miradas y facciones. En medio de estos afortunados campos se elevaba un palacio de gloriosa construcción. Tenía cuatro puertas batientes que daban frente á los cuatro costados del mundo, y en el espiral ó cimborio aparecía en un trono la diosa del monte, la cual se mostraba risueña con sus votarios y tocaba la trompeta de oro que los había llamado y convidado á su palacio. Todos habían formado diversos grupos, y multitud de historiadores se hallaban colocados en cada puerta, siendo éstos los que introducían á los viajeros.

De pronto la trompeta, que hasta entonces había sólo tocado llamada, comenzó á entonar canciones de triunfo y alegría. Conmovióse toda la fábrica, y las puertas se abrieron de par en par.



El primer viajero que entró fué un héroe, hermoso y florido, y por los murmullos que oí detrás de mí, supe que era Alejandro el Grande. La persona que inmediatamente se puso delante de él, era muy notable por su manto bordado y reluciente; pero no conociendo bien la distribución del palacio, condujo á Alejandro á un sitio destinado para recibir á los héroes fabulosos. Este falso guía se llamaba Quinto Curcio; pero Arriano y Plutarco, que conocían mejor el edificio, le condujeron al gran salón y le colocaron en la cabecera de la primera mesa. Mi diablo, para que viese yo toda la ceremonia, me condujo á un rincón de la pieza desde donde se percibía cuanto pasaba, sin que yo mismo fuese visto. Entró en seguida una doncella encantadora, llevando de la mano á un venerable anciano ciego. Llevaba bajo su brazo izquierdo un laúd, y en su cabeza una guirnalda. Alejandro, que conocía perfectamente á Homero, se levantó á su entrada, y colocó á mano derecha. La virgen, que parecía ser una de las nueve hermanas que servían á la diosa de la Fama, se sonrió con gracia inimitable cuando aquellos se encontraron, y se retiró.

Julio César adelantaba entretanto, y aunque varios de los historiadores se le ofrecieron para introducirlo, él los dejó en la puerta y no quiso tener más introductor que él mismo.

El que le seguía era hombre de aspecto modesto pero festivo, acompañado de personas de mayor figura y más suntuosamente vestidas que las que aparecían en el convite. Platón se hallaba á su derecha y Xenofonte á su izquierda. Saludó á Homero y tomó asiento á su lado. Se esperaba que Platón se hubiese colocado al lado de su maestro Sócrates; pero repentinamente se escuchó un gran rumor de los disputantes que se hallaban á la puerta y que aparecieron con Aristóteles á la cabeza. Aquel filósofo con aspereza pero gran fuerza de razón, convenció á toda la mesa de que el quinto lugar le pertenecía, y tomó en consecuencia.

Apenas se había sentado cuando la misma virgen que había guiado á Homero, traía á otro que vaciló al entrar, y que habría pedido excusas, si su modestia no hubiese sido superada por la invitación que le hicieron todos de que tomase asiento en la mesa. Su guía, y la conducta de este viajero me hicieron fácilmente conocer que era Virgilio. Cicerón apareció después y tomó asiento. Antes de entrar preguntó en la puerta por un tal Luceyo para que le introdujese; pero no hallándose allí, se contentó con la compañía de muchos otros escritores, que, todos excepto Salus-

tio, se manifestaron extremadamente contentos de tal empleo. Aguardamos algún tiempo en espera de la próxima persona digna, la cual entró al fin con gran copia de historiadores, cuyos nombres no pude retener, porque los más eran Cartaginenses. El héroe que conducían era Aníbal, que parecía hallarse algo disgustado, y no pudo menos de quejarse de las injurias que le habían hecho al entrar los historiadores romanos, que querían, dijo él, llevarme al subterráneo del edificio, y quizá lo habrían conseguido, si no hubiese sido por la imparcialidad de este caballero (señalando á Polibio) que fué la única persona, excepto mis compatriotas, que se mostró dispuesta á conducirme.

Tomó asiento el Cartaginense, y después entró Pompeyo con gran dignidad, precedido de varios historiadores, á cuya cabeza marchaba el poeta Lucano, quien mirando á Homero y Virgilio en la mesa, iba á sentarse cuando el último le dijo al oído, que cualquiera que fuese su mérito para ser del convite, había confiscado su derecho, por haber venido entre los historiadores. Mucho exasperó á Lucano esta repulsa, y tartamudeó algunas expresiones que no se entendieron; pero luego dijo: que pues no podía tomar asiento, conduciría á otro que tenía más mérito que toda la asamblea reunida, é inmediatamente fué á la puerta y condujo á Catón de Utica. Este grande hombre se acercó á la compañía con un aire que manifestaba despreciar el honor de ser de su número. Observando que el asiento frente al de César estaba desocupado, tomó posesión de él, y pronunció dos ó tres sentencias cortas sobre la naturaleza de la precedencia, que, según su opinión, no consistía en el lugar sino en el mérito intrínseco; á lo cual agregó, que el hombre virtuoso, sea cual fuere el asiento que ocupe, será considerado como principal. Sócrates, cuya sabiduría siempre iba acompañada de grandes rasgos de sátira, no pudo dejar de reír de un hombre virtuoso que no se tomaba el menor trabajo para hacerse grato. Cicerón aprovechó de la ocasión para pronunciar un largo y vehemente discurso en elogio de Catón. César le contestó con aparente moderación. Como yo me hallaba distante, no pude menos de notar que cualquiera polémica que se suscitaba en la mesa, una palabra ó un gesto de Homero, decidía la controversia.

Después de una corta pausa apareció Augusto, dirigiendo la vista con semblante afable y sereno, á los escritores de su siglo, que disputaban entre sí quién le manifestaría mayor respeto y gratitud. Virgilio se levantó de la mesa para recibirle; y aunque



era huésped grato á todos, pareció serlo mucho más á los literatos que á las notabilidades militares.

La presencia del personaje subsecuente dejó asombrada á toda la asamblea. Sus movimientos eran lentos y solemnes, y su conducta silenciosa. Llevaba un ropaje bordado de jeroglíficos, y cuando hubo llegado en medio del salón, se descubrió y dejó ver una pierna de oro, á vista de la cual Sócrates declaró que no gustaba tener compañía con quien no era de carne y sangre, y propuso que Diógenes fuese conducido al sitio destinado á los héroes fabulosos y notabilidades de dudosa existencia. Al caminar para aquel lugar Diógenes les dijo que no sabían apreciar al sujeto que ellos despedían; que él se había convertido en Pitágoras, el primero de los filósofos, y que antes había sido un hombre muy valiente en el sitio de Troya. Eso puede ser cierto, respondió Sócrates; pero olvidáis que también fuisteis un grandísimo meretricio en vuestro tiempo. Esta exclusión abrió lugar á Arquímedes que venía con un plano de matemáticas y varias figuras en la mano, entre las que observé un cono y un cilindro.

Viendo la mesa llena supliqué á mi guía que, por variar un poco, me condujese al salón de las notabilidades fabulosas, en cuyo techo había pinturas de Gorgonas, Quimeras y Centauros, con muchas otras figuras emblemáticas, para cuyo examen me faltaban conocimientos y tiempo. La primera mesa estaba casi llena, y en la cabecera Hércules descansando el brazo sobre su clava; á su derecha estaban Aquiles y Ulises, y entre ellos Eneas; á su izquierda Hector, Teseo y Jason y al fin se veía á Orfeo, Esopo, Falaris y Museo.

Mientras me hallaba transportado con el honor que se me hacía, me despertó el toque de diana del cuartel situado frente á mi casa, y sentí infinito verme privado repentinamente de un espectáculo que me había procurado sumo placer.

#### DESCUBRIMIENTO DEL MICROSCOPIO.

(Sueño de Addison, publicado en el *Charlador de Londres*.)

Con gran satisfacción me he dedicado últimamente á los curiosos descubrimientos del microscopio. Se disfruta infinito placer al observar el mundo de maravillas que la naturaleza ha puesto

fuera del alcance de la vista, como si desearse ocutarlas de nosotros. La filosofía, después de haber examinado todos los objetos visibles, necesitaba otros nuevos que contemplar, y la invención del microscopio le abrió un almacén inextinguible de prodigios, más extraños y asombrosos que los que pasaron á las generaciones pasadas. Ayer me entretenía yo en contemplaciones de esta especie, observando los millares de animalillos que nadan en los pequeños mares de jugo del cuerpo humano. Mientras mi alma se encontraba absorta en la contemplación de tan gratas maravillas, no pude menos de dirigir los ojos sobre mi mismo, como en un acto de devoción, y de recordar, con sumo placer, el pensamiento de un grande hombre, pagano, que llama á su descripción del cuerpo humano: « Un Himno al Ser Supremo. » El examen de aquel día produjo en mi imaginación un sueño agradable, si tal puedo llamarle, porque aun dudo si mis ideas se me presentaron dormido ó despierto. Sea como fuere, me figuré que mi genio tutelar se encontraba á la cabecera de mi cama y me hablaba de esta manera: « Si te pasman las producciones de la naturaleza que puedes descubrir con los ojos artificiales, obra de los hombres; cuán grande sería tu sorpresa si tuvieses la facultad de modelar tus ojos según te agradase y adaptarlos al tamaño de los objetos infinitamente diminutos para que los distingas, aun cuando te sirvas de los mejores microscopios! Nosotros, espíritus incorpóreos, podemos aguzar nuestra vista hasta el grado que nos place, y las obras más pequeñas de la creación nos aparecen visibles y distintas. Esto nos comunica ideas que tú no puedes concebir en tu condición presente. La más pequeña partícula de materia puede procurarnos á nosotros suficiente empleo para mucho tiempo. Aun más, podemos dividirla, subdividirla, y descubrir nuevas maravillas de la Providencia; contemplar la diferente contextura de sus partes y encontrar nuevos lechos de vegetación, minerales, mezclas de metales y varias especies de animales ocultos, como si se perdiesen en tan infinito fondo de materia. Observo que te sorprende este discurso; pero como tu razón te dice que hay infinilas partes en la más pequeña porción de materia, del mismo modo debes convencerte de que hay secretos y tanto lugar para descubrimientos en una partícula del tamaño de la punta de un alfiler, como en el globo de toda la tierra. El microscopio muestra á los ojos de los hombres multitud de criaturas vivientes en una cucharada de vinagre; pero nosotros, que podemos distinguir sus diferentes tamaños, vemos entre ellos ha-



llenas enormes que llenan de terror á los enjambres de animales que las rodean, y viven como en un océano profundo.

No pude menos de reír, cuando el Genio llegó á esta parte de su relación, y le dije que no dudaba que él pudiese referir la historia de algunos gigantes invisibles, con sus correspondientes enanos, en caso que hubiese algunos pequeños seres humanos de esta especie. Puedes estar seguro, me respondió, que nosotros vemos en multitud de animalillos, naturalezas, instintos y modos de vivir diferentes, que corresponden á los que tú observas en criaturas de mayores dimensiones. Nosotros descubrimos en una hoja de árbol, una variedad de especies que los microscopios representan únicamente como turbas y enjambres. Lo que aparece á tu ojo como vello ó pelillo en la superficie de una hoja, nosotros encontramos que son florestas y bosques, habitados por animales feroces, tan terribles en sus pequeñas guaridas, como los leones y los tigres en los desiertos de la Libia. Mucho me divertí este discurso del Genio, y le dije que una historia natural de seres y objetos imperceptibles no podría menos de causar asombroso placer. Tales averiguaciones, me contestó, son muy propias de criaturas racionales, y yo te aseguro que entre nosotros hay curiosos que se divierten en tales exámenes, porque como podemos formar nuestras manos y todos nuestros sentidos, según el grado de delicadeza y fuerza que nos agrada, podemos hacer toda clase de experiencias, sea cual fuere el tamaño de la materia. Yo he presenciado la disección de una cresa, y visto el esqueleto de una mosca : se me han mostrado innumerables árboles arrancados de una bellota. Los microscopios sólo podrán presentarte en una bellota un encino en miniatura ; pero si, como nosotros, pudieses apropiarte tus órganos, arrancarías de una bellota un encino, el cual contiene otro árbol, y podrías continuar así, de árbol en árbol, hasta el grado que quisieses llevar tus investigaciones. Es casi imposible, agregó el Genio, hablar de cosas tan remotas de la vida común, y de las nociones ordinarias que los hombres reciben de sus embotados y groseros órganos, sin aparecer extravagante y ridículo. Tú has visto con frecuencia abrir á un perro para observar la circulación de la sangre, ó hacer alguna averiguación útil ; y sin embargo, provocaría yo tu risa si te dijese que un círculo de filósofos, mayores que los de la sociedad de que eres miembro, presenciaron la apertura de uno de los animalillos que encontramos en la piel azul de una ciruela : este animalillo fué atado y traído vivo á su

presencia, y observaron las palpitations del corazón, la circulación de la sangre, las operaciones de los músculos, y las agitaciones de sus diferentes miembros, con gran cuidado y provecho. Confieso, dije yo al Genio, que desearia acompañaros, con el mayor gusto en todos vuestros descubrimientos ; pero son en verdad, muy diminutos para el conjunto del género humano, cuyas almas se commueven más con la descripción de todo lo grande y voluminoso. Así es que descubren mejor la sabiduría del Omnipotente, no en la formación de esos animalillos diminutos, aunque ciertamente no menos asombrosos que los otros, sino en la de las ballenas, elefantes, caballos y cocodrilos. Tu observación, me dijo el Genio, es muy justa, y por mi parte debo confesar que, aunque miro con mucho placer las huellas de la Providencia en los objetos pequeños, lo disfruto mayor cuando considero las obras de la creación en su inmensidad. Por est razón me lleno de regocijo cuando fortifico mi vista hasta penetrar los espacios más remotos, y examinar los cuerpos celestiales que se hallan fuera del alcance de los ojos humanos, aun con el socorro de los mejores telescopios. Lo que tú ves como blanquiceo en la vía láctea, aparece á mis ojos como un dilatadísimo espacio de cielos, con sus estrellas y constelaciones. Mientras tú admiras la bóveda del cielo en una noche estrellada, yo me embeleso en la contemplación de una variedad de mundos y soles, colocados uno sobre otro, elevándose á una distancia tan inmensa, que ningún ojo mortal puede alcanzar el fin de ellos.

La última parte de este discurso me estremeció de asombro. Abri medio dormido las cortinas de mi cama, para ver si había alguna persona cerca de mí ; pero no vi á nadie y permanecí dudoso de si mi genio tutelar ó mi sueño era el que me había abandonado.

#### DIFICULTAD DE ALCANZAR LA VIRTUD Y LA POESÍA.

(Sueño de Addison, publicado en el Espectador de Londres.)

Señor « Espectador : » Retirándome la otra noche más tarde que de costumbre, con pocas ganas de dormir, tomé á Virgilio para entretenerme hasta que me viniese el sueño. En semejante caso prefiero á este autor, porque á mi parecer, escribe de manera tan divina, tan armoniosa y tan igual, que calma el espíritu



y lo dispone á una melancolía agradable, situación que yo prefiero á cualquiera otra para terminar el día. Let los bellos rasgos de las Geórgicas, en que el poeta se declara adicto á las musas, y tan encantado de la poesía que desearía con ardor transportarse á los bosques sombríos y lugares apacibles del monte *Hemus*. Cerré el libro para ir á la cama, y lo que había yo leído hizo tan fuerte impresión en mi alma que me pareció ver cumplido en mi persona el deseo de Virgilio, por medio del siguiente sueño :

Transportado repentinamente á las llanuras de la Beocia, distinguí el monte Parnaso á la extremidad del horizonte. Me pareció tan vasto y empinado, que en vano habría yo buscado un sendero que me condujese directamente á la cima, si no hubiese visto á cierta distancia una floresta que me determinó á marchar hacia ella, aunque en el llano en que estaba situada no hubiese cosa notable que atrajese mi atención. Cuando llegué, la encontré dividida en infinidad de paseos y de calles, que se ensanchaban en diversos lugares, formaban bellos círculos y grandes óvalos, rodeados de tejos y de cipreses, entre los que se veían nichos y grutas cubiertas de yedra. No se oía más ruido que el de un suave céfiro que movía un poco las hojas de los árboles, y todo parecía sepultado en el silencio más profundo. Me encantó la hermosura de esta soledad pareciéndome que en mi vida había yo disfrutado tanto el placer de verme solo, ocupado de mis propios pensamientos. En tan dichosa situación, me paseaba de uno y otro lado sin elección ni designio, hasta que en el límite de una calle de árboles, vi tres mujeres sentadas en un banco de césped, á cuyo pie corría un riachuelo con suave murmullo. Las adoré como divinidades tutelares del bosque, y me detuve para examinarlas con espacio. La de en medio era la Soledad, tenía los brazos cruzados, y más bien parecía pensativa y recogida en sí misma, que descontenta y afligida. La diosa del Silencio, con un dedo en la boca estaba á su derecha; y la Contemplación, con los ojos dirigidos al cielo, á su izquierda. Delante de ésta aparecía un globo celeste, sobre el cual se veían varios teoremas de matemáticas. Anticipóse esta diosa á hablarme con la mayor atarabidad. « No temas, me dijo, sé cual es tu intención sin que despliegues los labios : tú desearías se te condujese á la montaña de las musas. Este es el único camino que conduce á ella, y nadie con más frecuencia que yo, sirve de guía á los que hacen el viaje. » Después de hablarme de este modo, se levantó de su asiento y me abandonó á su dirección; pero á medida que atravesábamos el bosque, no

pude menos de preguntarle quiénes eran los que podían entrar en tan agradable retiro. Seguramente, le dije, nadie sino la Virtud y sus secuaces pueden entrar aquí; todo el bosque parece destinado á recibir y hacer dichosos á los que han seguido toda su vida los dictados de la conciencia y las órdenes de los dioses. « Tienes razón, me respondió ella, y persuádate que este lugar sólo fué destinado al principio para las personas honradas. Bajo el reinado de Saturno no se admitían ningunas otras, sólo tenían derecho de entrar los santos sacerdotes; también los que habían librado á su país de la opresión y de la tiranía, venían aquí á descansar de sus trabajos, y los filósofos que el estudio y amor de la sabiduría habían hecho capaces de una conversación enteramente divina. Pero si este lugar era antes seguro, en el día es muy peligroso, porque el vicio ha aprendido de tal modo á remedar la virtud, que entra con frecuencia bajo este disfraz. Mira allí frente de ti á la Venganza, que se mueve con pasos graves y lentos, cubierta con los vestidos del honor. Vuelve los ojos hacia la izquierda y verás á la Ambición que permanece en pie sola. Si le preguntas cómo se llama, te dirá que es la Emulación ó la Gloria. Pero entre todas estas indignas criaturas, la que con más frecuencia se introduce aquí, es la Incontinenencia que ocupa hoy el lugar de un dios á quien este bosque se hallaba antes enteramente consagrado. El Amor virtuoso, seguido de Himeneo y de todas las Gracias que lo acompañan, reinó en este afortunado recinto; multitudes de Virtudes le servían de comitiva, y ningún pensamiento deshonesto tenía la osadía de pretender que se le admitiese. ¡ Oh! ¡ Cuánto ha cambiado el aspecto de este lugar, y cuán pocas veces se ve renovada su belleza con el corto número de los que desprecian las riquezas sórdidas, y que se creen dignos de acompañar á un dios tan encantador! »

Apenas terminó la diosa su discurso, cuando llegamos al fin del bosque, en donde comenzaba una llanura que se extendía hasta el pie de la montaña. Me apegué aquí lo que más pude á mi conductora, porque varias fantasmas me lucían instancias para que las tomase de guías, ofreciéndose á conducirme por un camino más corto. La Vanidad, que había seducido muchas personas que vi rodar por uno y otro lado de la montaña, me importunó más que las otras. Me desvié con indignación de esta tropa despreciable, y advertí á la diosa que me escoltaba, que tenía yo alguna esperanza de subir una parte del camino; pero



que temía mucho me faltase fuerza para trepar hasta el llano de la cima. Instruido de su propia boca de que era imposible sostenerse por los costados, y que si no adelantaba yo reclamante hacia la altura, caería yo sin remedio hasta abajo, sin poder volver á comenzar el camino, resolví no perdonar medio ni fatiga para vencer todos los obstáculos. Tan grande así era mi deseo de disfrutar el placer que me prometía yo al fin de mi empresa.

Había dos veredas que conducían á la cima de la montaña, una de las cuales se hallaba guardada por el Genio que preside en el momento de nuestra venida al mundo. Tenía por consigna examinar las diversas pretensiones de los que solicitaban pasar por aquel camino, y sólo admitía á los que Melpómene había visto con ojos favorables en el momento de nacer. El otro camino estaba guardado por la Diligencia, á la cual se dirigían muchos de los que el Genio no se había dignado recibir; pero era tan lenta en concederles su permiso, y encontraban ellos en seguida el camino tan penoso y embarazado, que después de haber caminado algún tiempo, preferían más bien volver sobre sus pasos que continuar su marcha, siendo muy pocos los que permanecían firmes hasta el fin. Además de estos dos senderos, que cada uno conducía directamente á la cima, había otro formado de ambos, que se unían á corta distancia de la entrada. Este gran camino conducía al trono de Apolo á los pocos que habían tenido la dicha de descubrirlo. No sé si yo habría tenido cara para presentarme á una ú otra puerta, si no hubiese visto á un hombre con aire de aldeano, seguido de multitud de jóvenes de ambos sexos, solicitando que se permitiese entrar á todos sin excepción. Tenía en la mano muchos papeles, y enseñaba varios, que aseguraba provenían de parte tan idónea, que no dudaba fuesen recibidos por Apolo como excelentes pasaportes, entre los que me pareció ver algunos de mi propio puño. Toda la banda fué admitida, y su presencia comunicó nuevo brillo y nuevos placeres á aquella dichosa morada. El honrado aldeano no tenía ningún empeño de entrar, siendo únicamente una especie de guardabosque que se empleaba en conducir á los pasajeros que por su mérito personal ó por las noticias que les procuraba, tenían medios de hacer felizmente este penoso viaje.

Después de examinarlo atentamente, confesaré á Vd., Señor Espectador, que á su aire servicial y modesto, lo tomé por Vd. mismo. Apenas entramos, cuando se nos roció tres veces con agua de la fuente Agarispé, que tenía la virtud de garantírnos de toda

especie de males; excepto de las saetas de la envidia, que nos persiguió hasta el término de nuestro camino. Cuando llegamos á la cima de la montaña, distinguimos desde luego dos figuras que atraieron toda mi atención. La una era una ninfa en la flor de la juventud y de la belleza, con alas en los pies y las espaldas, y que podía transportarse en un instante hasta los climas más remotos. Esta ninfa cambiaba sin cesar de ropa, aparecía á veces con los vestidos más sencillos y naturales, y otras se mostraba con los más impropios y ridículos. La otra figura era un hombre de edad madura y aspecto grave, que corregía los caprichos de la primera, mostrándoselos en un espejo, y que arrojaba sin descanso sus adornos afectados y sus vestidos extravagantes abajo de la montaña, de donde los recogían con cuidado los habitantes de la llanura, los cuales se consideraban muy honrados adornándose con ellos. Esta ninfa era la Imaginación, hija de la Libertad, la más bella de las ninfas de las montañas. Su consejero era el Juicio, que debe su nacimiento al Tiempo, único que este reconoce por hijo legítimo. Entre dichas figuras había un joven llamado Ingenio, hijo suyo, el cual estaba sentado en un trono compuesto de las obras de los autores más célebres. Aunque los griegos y los romanos compusiesen el mayor número, no pude menos de sentir una alegría secreta al ver que nuestros compatriotas dominaban sobre todos los otros.

Dueño ya de examinar á mi gusto esta agradable morada, y lleno de nuevo vigor, me pareció que veía yo todos los objetos de manera mas íntima y satisfactoria; que respiraba un aire más puro; que me encontraba bajo un cielo siempre sereno, y que el sol iluminaba sin ninguna interrupción. Las dos cimas de la montaña se elevaban de uno y otro lado y formaban en el medio un valle risueño, morada de las musas y de los que habían producido obras dignas de la immortalidad. Se veía á Apolo sentado en un trono de oro, cubierto con un laurel secular, que extendía sus ramos y su sombra encima de su cabeza. Su careax y su arco estaban á sus pies, tenía su carpa en la mano, mientras que las musas colocadas en derredor suyo, celebraban con himnos su victoria sobre la serpiente Pitón, y cantaban á veces los amores de Leucotea y de Dafne. Después de ellas, Homero, Virgilio y Milton, tenían sus lugares. En seguida había multitud de autores, entre los que me sorprendió ver algunos japoneses, que á pesar de sus vestidos groseros habían penetrado allí. Vi á Pindaro pasearse solo, sin que nadie se atreviese á acercársele, hasta que Cowley



se unió á él; pero cansado de seguir sus huellas y casi sin aliento, lo dejó para seguir á Horacio y Anacreón con los cuales me pareció conversar muy agradablemente. Un poco más lejos vi otro grupo de autores; adelantéme hacia ellos, y reconocí á Sócrates que dictaba á Jenofonte y á la sombra de Platón, pero el poeta Museo era el que tenía el auditorio más numeroso. Yo me hallaba muy lejos para oír lo que se decía y reconocer el rostro de los oyentes, pero me pareció que Virgilio escuchaba lleno de admiración.

En fin, justamente en el borde de la cima, vi á uno de nuestros poetas contemporáneos, que despachaba cartas abajo de la montaña, para instruir á los habitantes de lo que pasaba en el Parnaso; pero noté que las escribía á escondidas, sin el consentimiento de las Musas y sin que Apolo las viese. Elevado á tanta altura y rodeado de un cielo purísimo y sereno, pude distinguir claramente las inquietudes y las penas infinitas que los hombres se daban en lo bajo, por abrirse camino en medio de los laberintos de la vida. Me pareció ver el sendero de la virtud frente de cada uno de ellos, pero el interés ó algún espíritu maligno, venía á desviarlos á cada momento. Si por un lado me complacía yo en mi propia dicha, por otro sentía la mayor compasión al ver los embarazos de los hombres y su debilidad para librarse de ellos. Este contraste, tan opuesto á la calma que yo disfrutaba, me hizo despertar sobresalido, no dejándome más esperanza sino que mi sueño pueda redundar en beneficio del público.

#### ELOCUCIA FEMENIL.

#### DIFERENTES CLASES DE ORADORAS.

(Ensayo de Addison, publicado en el Espectador de Londres.)

Algunos autores antiguos nos dicen que Sócrates fué instruido en la elocuencia por una mujer que, si mal no me acuerdo, se llamaba Aspasia. Muchas veces he considerado yo este arte como muy propio para el bello sexo, y me parece que las universidades no harían mal de admitirlo á sus cátedras de retórica.

Se ha dicho en elogio de algunos hombres, que podían hablar horas enteras sobre cualquiera asunto; pero debe confesarse, en honor del bello sexo, que hay muchas mujeres que pueden hablar horas enteras sobre nada. Yo mismo conozco una que de

pronto se ha difundido en disertaciones sobre la orla de unas enaguas, y empleado todas las figuras de la retórica para regañar á una criada que había roto una taza de porcelana.

Si fuese permitido á las mujeres perorar ante los tribunales de justicia, estoy persuadido de que llevarían la elocuencia del foro á un grado no visto hasta ahora. De esto na quedará duda ninguna á los que hubieren presenciado los debates tan comunes entre las verduleras de la plaza.

La primera especie de arengadoras que señalaré, son las que se ocupan de excitar las pasiones, y quizá la mujer de Sócrates era más hábil á este respecto, que la maestra que le enseñó la elocuencia.

La segunda clase son las inclinadas á la censura, llamadas por lo común murmuradoras. La fértil imaginación de esta especie de mujeres, es asombrosa. ¡ Con qué caudal de voces y vivacidad de expresión, no amplifican ellas los menores defectos en la conducta del prójimo! ¡ Con qué variedad de circunstancias malignas y frases enérgicas no repiten más de veinte veces la misma aventura! Algunas tienen tanta ponzoña, que si se mordiesen la lengua se envenenarían. Yo conocí una llamada D<sup>a</sup>. Acrimonia, que de un matrimonio desgraciado hizo el asunto de sus conversaciones durante un mes. Criticaba á la novia en un lugar, se burlaba de ella en otro, la compadecía en un tercero, la admiraba en un cuarto, se encolerizaba contra ella en un quinto; en una palabra, por poco no hace reventar los caballos de su coche para anunciar todo lo que le ocurría sobre el particular.

Por último, después de haber agotado el asunto, fué á visitar los nuevos esposos; alabó á la novia por la acertada elección que había hecho; le habló de las reflexiones irracionales y maliciosas que se hacían de ella, y le pidió que la favoreciese con su amistad en lo sucesivo. Así, pues, la censura y la aprobación de estas mujeres, sólo les sirven para llenar los huecos de la conversación.

La tercera clase de mujeres expertas en la oratoria, pueden ser comprendidas bajo el nombre de charladoras. La señorita Pamplina posee esta clase de elocuencia: describe á las mil maravillas el ceremonial de un bautismo; discurre hasta perderse de vista sobre un peinado; sabe todo lo que pasa en las casas vecinas, hasta lo platos que diariamente se sirven en la mesa; en una palabra, entretiene toda la tarde á las personas que la visitan, con los rasgos de ingenio de su recién nacido, que apenas puede tartamudear.



Las coquetas pueden formar la cuarta clase de oradoras. De esta especie es la señorita Señuelo, que para no carecer de materia de que hablar, le gusta una cosa y dos minutos después la odia; parlotea con su perrito ó su loro; está desasosegada en tiempo bueno ó malo, sin encontrar lugar cómodo en su casa; finge hallarse enfadada con todos los hombres que conoce, á los cuales es deudora de pretendidos favores; suspira sin ningún motivo de tristeza, y rie sin la menor causa de alegría. La coqueta es, sobre todo, diestra en aquella parte de la oratoria llamada acción; y en verdad que no parece abrir la boca sino para tener ocasión de cambiar de postura, variar de aspecto, dirigir una ojeada ó jugar con su abanico.

En cuanto á las remedadoras, noticieras, amigas de la política y de referir cuentos, con otras de esta especie, hay muchos hombres que se les parecen, y por esta razón las paso en silencio.

Con frecuencia he tratado de averiguar de dónde proviene que las mujeres saquen tanta ventaja á los hombres en el flujo de hablar, y no lo he podido conseguir. Á veces me he imaginado que no tienen la misma facultad de los hombres, de retener ó suprimir sus pensamientos, y que se ven forzadas á recitar todo lo que pasa por su imaginación. Si esto fuese cierto, los cartujos podrían deducir una prueba fuerte, en favor de su doctrina, de que el alma siempre piensa; pero como hay muchos que opinan que el bello sexo no es enemigo de la disimulación, y que no ignora el arte de fingir, he abandonado esta idea, y dedicádome con empeño en busca de otras razones. Con tal mira he pedido á un amigo mío, buen anatomista, que diseque, cuando tuviere ocasión, la lengua de una mujer, y examine si no se halla embebida de ciertos jugos que le comuniquen tan asombrosa volubilidad; ó si las fibras no son de una textura más sutil y fina que las de los hombres; ó si no habría en ella algunos músculos particulares que la constituyan capaz de vibraciones repentinas; ó en fin, si no hay una afluencia continua de espíritus animales que pasan de la cabeza y del corazón á este instrumentito de la charla, por conductos tan ocultos que no hayan podido encontrarse hasta ahora. No debo omitir la razón que da Hudibras, para probar de dónde viene que las mujeres que sólo se ocupan de bagatelas, hablan con mayor afluencia, y es, que la lengua es como un caballo ligero que corre más cuando menos peso lleva encima.

Sea cual fuere la más probable de estas razones, yo encuentro muy natural el pensamiento de un irlandés, que después de ha-

ber hablado algunas horas con una de estas taravillas, le dijo que su lengua debía estar muy contenta cuando sus ojos dormían, porque no tenía un momento de reposo mientras velaban.

Ovidio nos dice también, que la lengua de una mujer hermosa, después de haber sido arrancada de cuajo y arrojada al suelo, murmuraba todavía algunas palabras (a). Si esta lengua hablaba sin boca, ¿qué no sería cuando se hallaba acompañada de todos los otros órganos de la palabra? Debo sin embargo, confesar, que me encanta de tal manera la armonía de este instrumentito, que no quisiera yo desanimarlo. Todo lo que pretendo en esta disertación es, desterrar algunos tonos desapacibles, y particularmente ciertas disonancias que provienen de la cólera, la murmuración, el chachareo y la coquelería. En una palabra, desearía yo que se hallase templado bajo el tono de la benevolencia, la verdad, la discreción y la franqueza.

*En el número siguiente del Espectador apareció la siguiente carta anónima, pero se sabe fué escrita por el literato Budgell, colaborador de la redacción.*

#### SEÑOR ESPECTADOR.

« Aunque hace muchos años que practico la abogacía, y he oído perorar muchos juriconsultos famosos, y otros oradores en ambas universidades, convengo sin embargo con Vd. en que las mujeres se hallan mejor calificadas que los hombres para distinguirse en la oratoria, y creo que esto debe atribuirse á causas naturales. Vd. ha mencionado únicamente la volubilidad de sus lenguas; pero ¿qué nos dice Vd. de la fácil lisonja de sus hermosos rostros, y de la persuasión que un discurso, aunque insípido, lleva consigo, cuando es pronunciado por labios bellos, á los que sería crueldad negar alguna cosa? Además, las mujeres poseen algunos resortes retóricos de que carecen los hombres, tales como lágrimas, desmayos, parasismos etc., que yo he visto empleados en tiempo oportuno con buen éxito. Ha de estar Vd. Señor Espectador, en que yo soy un hombre simple y amante de mi dinero; tengo sin embargo, una mujer tan elocuente á este respecto, que me arranca todas las sumas que quiere. Todos los cuartos de mi casa se hallan amueblados y adornados con los trofeos

(a) Metamorfosis, vi. 536.



de su elocuencia: ricas alacenas, rimeros de china, abanicos del Japón y jarros hostosísimos. Si Vd. viese la sala de recibir de mi casa, creería hallarse en un almacén de la India; y como mi mujer tiene una ardilla, me veo obligado á doble contribución por todos los objetos que quiebra. Además, mi esposa padece desmayos periódicos, hacia el tiempo de alguna nueva ópera ó algún gran baile, y suele verse bañada en lágrimas después de haber visto alguna mujer con vestidos más costosos que los suyos (a).

(a) Este páase trae á la memoria del traductor el siguiente cuento de Castillejo:

Una dueña disque honrada  
Mujer de pompa y arreo,  
Adolecí de deseo  
De una saya verdugada  
Muy lozana,  
Y á su parecer galana,  
Que yendo á la iglesia vió,  
De que luego le tomó  
Infinítima gana:  
Y tornada  
Á Casa muy congojada,  
En sentándose á comer,  
Comenzóse á entristecer  
Y mostrar muy fatigada:  
No comía;  
Mas suspiraba y gemía,  
Y como que enferma estaba,  
La causa disimulaba  
De la pasión que tenía.  
El marido,  
Congojado, y afligido  
De tan súbito accidente,  
Cuando ella estaba doliente  
Él estaba dolorido;  
El cuitado,  
Con gran temor y cuidado  
Que fuese el daño mayor,  
Mandó llamar un doctor,  
Médico muy señalado  
Y conocido:  
El cual muy presto venido,  
Á la mujer se llegó,  
Y los pulsos le tocó  
Muy atento y sin ruido  
Y así yendo,

» Lo que solicito, Señor Espectador, es que se empeñe Vd. con su amigo, que le ha prometido diseñar la lengua de una mujer, para que al mismo tiempo nos dé la anatomía de un ojo femenino, y explique los canales y compuertas que lo alimentan con tan pronto socorros de fluido; y manifieste, si es posible, por qué medios podría delenarse la corriente á precio razonable; y pues hay un aliciente tan patético y seductor en un bello semblante

Después de esto procediendo  
Por sus preguntas sabidas,  
Las causas bien entendidas  
Luego fué reconociendo

La dolencia:  
Y por hacer experiencia  
De lo que así conoció,  
Al marido se volvió  
Con alegre continencia,  
Y muy quedo  
Le dijo: no tengáis miedo,  
Que de este mal muera ya  
Vuestra mujer, ó no habrá  
Mercaderes en Toledo:

Su pasión  
Procede del corazón,  
Y á mi parecer sería  
Menester darle alegría,  
Y alguna recreación  
Y consuelo.  
Compradle sin más recelo,  
Si la quisierais ver sana,  
Seis varas de fina grana  
Y aun cuatro de terciopelo

Carmesi;  
Y póngaselas allí  
Porque se alegre de verlas,  
Algunas onzas de perlas;  
Lo demás dejadlo á mi.

En un punto  
Ya estaba allí todo junto,  
Sin momento de tardanza  
Y él con sólo esta esperanza  
Estando casi difunto  
Revivió,  
Y ella luego que lo vió  
Se le alegraron sus ojos,  
Y cesando los enojos,  
Doblado sana quedó.